XVII

Oribazy había levantado varias sigilosamente la mampara de la tienda, para ofrecer al entermo una pócima refrigerante. Juliano la rechazaba, suplicando que le dejasen tranquilo. Causábanle pavor los rostros humanos, la luz, el ruído. Ocultando su cara entre las manos, cerrados sus ojos, pugnaba por huir de sus propios pensamientos, quería olvidar donde se hallaba y lo que sentía.

El poderoso esfuerzo de voluntad que había gastudo durante aquellos tres meses, habíanle cambiado totalmente debilitándole como si hubiese sufrido una larga enfermedad. Ignoraba ya si soñaba ó si estaba despierto. Repetíanse las imágenes de cuanto acaeció, desfilando ante sus ojos con una rapidez singular y una precisión oterradora. Parecíale estar acostado en la gran sala de Macelo. Le había bendecido la vieja Labda para que tuviera paz

su sueño, y los resoplidos de los caballos atados junto á la tienda, figurábansele el ronquido extraño de Mardonio.

Sentíase gozoso, cuando muchacho, desconocido y alejado del mundo, allá en las montañas de Capadocia.

A veces sentía el grato perfume de los jacintos enardecidos por el sol de Marzo en el jardín del sacrificador Olimpiador; creía escuchar la risa argentina de Amarilis, y el ruído grato de la fuente, el metálico acorde del juego del Kottavos y el grito de Diofana: «Hijos míos, ya están cocidas las tortas de jengibre!»

Luego todo desaparecía. Y solo escuchaba el zumbido de las moscas en un rincón, donde el viento no llegaba, sobre el blanco muro herido por el sol á la orilla del mar.

Veía complaciente las olas que se mecían en la infinita suavidad de la Propontida, y creíase solo en un desierto inmenso donde nadie iría y como los inquietos moscardones en la vasta superficie del blanco muro, sentía la inocente placidez de una vida de sol, de aire puro y tranquilidad solemne.

Despertado el soñador de súbito, recuerda que está aún en el corazón de Persia; que es emperador que tiene á sus órdenes sesenta mil legionarios, que ya no hay dioses y que había derribado el altar de los sacrificios. Siente un agudo estremecimiento, recorre su cuerpo un frío glacial y le parece desplomarse en el vacío sin hallar un sostén que le contenga.

No se daba cuenta del tiempo que todo esto habia durado.

Y no ya en sueños, sino realmente, oye la voz de su fiel esclavo que murmura asomando la cabeza por debajo de la mámpara:

-¡César, tengo miedo de molestarte pero no me atrevo á desobedecerte! Ordenaste que se te avise en seguida...¡Acaba de llegar al campamento el jefe Arifeo!

—¡Arifeo!—gritó Juliano incorporándose.—¡Traele en seguida!

Era este uno de los jefes más valientes y decididos que había sido enviado para enterarse de si el ejército de socorro, compuesto de treinta mil hombres á las órdenes de los comicios Procopio y Sebastian, no venía como había ordenado con las tropas del aliado Arsaces, á unirse con el emperador ante los muros de Ktesifonte.

Juliano contaba con aquel refuerzo hacía tiempo del que dependía la suerte del ejército principal.

—¡Traele en seguida!—repitió el emperador.—¡Deprisa! Sino, no... yo mismo...

Mas su debilidad no se había disipado todavía. Su cabeza rodaba, tuvo que cerrar los ojos y apoyarse, para no caer, en la sala de la tienda.

-¡Dame vino... muy fuerte... con agua muy fria!

El viejo esclavo sirvió rápidamente una copa al emperador, que bebió á sorbos y salió de la tienda.

La tarde avanzaba. Al otro lado del Eufrates, habia descargado una tormenta y el viento traía el D.OSES.—Tomo II fresco olor á lluvia. Entre las nubes titilaban algunas estrellas y del desierto llegaban los aullidos de los chacales.

Juliano al salir de la tienda descubrió su pecho y tendió su frente al viento acariciador. Sonrió melancólicamente pensando en su cobardía; ya no se sentía débil, iba recuperando fuerzas y sus nervios poníanse en tensión nuevamente. Quería entonces mandar, obrar, no descansar nunca, combatir siempre, jugar con la vida y con la muerte y vencer todos los peligros. Solo de vez en cuando sentía un involuntario estremecimiento.

Arifeo llegò entonces.

Las noticias eran terribles. La esperanza de auxilio de Procopio y de Sebastian estabau perdidas. El emperador Juliano quedaba abandonado por sus aliados en el centro de Asia. Hablábase de la traición del truhan Arsaces.

En aquel instante anuncióse al emperador que deseaba hablarle un desertor del campamento de Sapor.

El persa prosternóse ante Juliano y besó la tierra.

Parecía un mónstruo. Tenía la cabeza afeitada y cruelmente desfigurada por las torturas asiáticas, cortadas las orejas y las narices, recordando su aspecto los cráneos de los cadáveres. Solamente sus ojos brillaban con fulgor inusitad.o Vestía rica túnica color de fuego y hablaba defectuosamente el griego. Acompañábanle dos esclavos.

Dijo el persa llamarse Artabán, ser un sátrapa á

quien calumniaron ante Sapor y que después de torturado se pasaba á los romanos para vengarse del rey.

—¡Oh, señor del universo!—decía Artaban enfáticamente y fingiendo lealtad.—Yo te entregaré á Sapor atado de pies y manos como un cordero para el sacrificio. Yo te llevaré por la noche al campamento y tu mismo podrás coger al rey con tus manos como los niños cogen con las suyas á los pajarillos. ¡Solo escucha á Artaban!... ¡Artaban todo lo puede!... ¡Artaban solamente conoce los secretos del rey!

-¿Y qué esperas de mí?-preguntó Juliano.

-Solo la venganza. Ven conmigo.

-¿A dónde?

—Al norte, después del desierto, trescientos veinticinco parasanges, luego unas montañas al este, directamente entre Susa y Ecbatana.

Y el persa señalaba al horizonte.

—¡Allá, por allá abajo!—repetía sin quitar la vista de Juliano.

—¡Oh, César, ten cuidado!—murmuró Hormizda al oído de Juliano,—á ese hombre le denuncia su mirada!... es un hechicero, un pillastre ó quizá algo peor. ¡En estos lugares por la noche se cometen toda clase de atropellos! ¡Echale! ¡No le atiendas!

El emperador no escuchó las palabras de Hor mizda. Sentía la singular fascinación de la mirada suplicante del persa.

-¿Tú conoces exactamente el camino que conduce á Ecbatana?

—¡Oh, si!—contestó vivamente el mónstruo con un gesto de suficiencia.—¿Cómo no le conoceré? Conozco cada grano de arena del desierto, cada paso... Artaban sabe lo que cantan los pájaros, siente fluir los manantiales subterráneos y conoce las palmeras rama por rama. Artaban correrá ante tu ejército buscando las huellas, enseñando el camino... Fía en mí y antes de veinte días toda la Persia será tuya, hasta la India, hasta el mismo Océano!

El emperador sentía latir su corazón como si fuera á saltársele del pecho.

—¡Oh! ¿si será este el milagro que yo esperaba? —pensaba,—¡dentro de veinte días será mía toda la Persia!

Sentiase ahogar.

—¡No me arrojes!—imploraba Artaban.—¡Seré tu perro, echado siempre á tus pies! Desde que te he visto te he querido, ¡oh, señor universal, te he querido mas que á mi alma, porque eres magnifico! Quiero que andes sobre mi cuerpo, que me pises y lameré el polvo de tus pies cantando: «¡Gloria! ¡Gloria al hijo del Sol, al rey de Oriente y Occidente, el gran Juliano!»

Besó después las plantas del emperador é igualmente hicieron los esclavos que prosternados á su vez repetían á coro:

-¡Gloria, gloria, gloria!

—¿Entónces que haremos con los navíos?—pensó en voz alta Juliano.—¿Conservarlos ó dejarlos desarmados en manos del enemigo?

-¡Quemarlos!-indicó Artaban.

Estremecióse Juliano y miró fijamente al persa.

-¿Qué has dicho, quemarlos?

Levantó Artaban la cabeza y clavò su mirada

brillante en la del emperador.

—¿Tienes miedo? ¡Tú! No. ¡Solo los hombres tienen miedo; pero no los dioses! Quemando las galeras serás libre como el viento, y tus navíos no podrán caer en poder del enemigo; así tu ejército crecerá con los tripulantes de la flota. ¡Tú serás grande y atrevido hasta el fin! ¡Quémalos! Dentro de diez días podrás estar ante los muros de Ecbatana y dentro de veinte toda la Persia será suya! Serás, ¡Oh, Juliano! más grande que el hijo de Filipo el vencedor de Dario. ¡Quema tus navíos y sígueme! ¿O no te atreves?

—Y si todo ello fueran embustes tuyos? ¡Oh! ¡Si leo en tu corazón que estás mintiendo!—exclamó Juliano sugetando con una mano al persa por el cuello y amenazándole con la otra con el puñal.

Entonces Hormizda suspiró, desahogándose su pecho.

—¡No importa, moriré á tus manos si no me crees! —repetía Artaban.

Soltóle Juliano y envainó el puñal.

—Dulce y terrible es mirar en tus ojos,—contitinuó impávido el mónstruo sin apartar su mirada de los ojos de Juliano.—¡Tú rostro es el rostro de un Dios! Si nadie lo sabe aún yo solo sé quien eres. No desprecies á tu esclavo, señor.

-¡Ya veremos!-agregó el emperador pensativo.

—Hace ya tiempo que quería batirme con tu rey en el desierto... Pero mis navíos...

—¡Ah, sí, los navíos!—murmuró el viejo,—hay que partir lo antes posible... para que los de Ktesefonte no se enteren... ¡Los quemarás!

El emperador no contestó esta vez.

—¡Lleváoslos! – ordenó indicando á los desertores á los legionarios.—Vigiladlos de cerca.

Al volver á su tienda, Juliano se paró y levantó los ojos.

—Es verdad,—pensaba,—siento que mi voluntad es como la voluntad de los dioses. Apenas he pensado y ya se ha efectuado.

Aumentaba la alegría de su alma y sonriendo tuvo que apoyar la mano sobre el corazón para contener sus latidos. Sentía aún ciertos escalofríos y la cabeza pesábale como si el sol hubiese penetrado en ella.

Llamando después á su tienda al anciano jefe Víctor que le era adicto ciegamente, confióle el anillo de oro que llevaba el sello imperial.

—¡A los comicios Constantino y Sucilio comandantes de la flota!—ordenó brevemente Juliano.— Antes que amanezca quemarán los navíos escepto los cinco grandes cargados de pan y los doce pequeños que nos servirán de puentes volantes. Todos los demás serán quemados. El que se oponga á esta orden responderá con su cabeza. Guarda el secreto más absoluto... ¡Vé!

Entrególe un trozo de papiro, en el que había escrito lacónicamente la orden á los comandantes de la flota. El anciano Víctor, no admirándose de nada según su costumbre, besó el borde de la púrpura imperial y salió.

El emperador á pesar de la hora reunió un consejo de generales. Los jefes reuniéronse en la tienda cabizbajos y tristes, irritados interiormente.

En pocas frases expúsoles Juliano su plan de ir al norte del centro de Persia hacia Susa y Ecbatana para apoderarse del rey de improviso.

Indignaronse todos. Hablaron á un tiempo, no disimulando que aquel proyecto era una verdadera temeridad. En los rostros austeros de los ancianos y sabios guerreros leíase el cansancio, la desconfianza y el despecho.

Algunos replicaron con sequedad:

—¿A dónde vamos? ¿Qué falta aún?—decía Salustio Segundo.—Piensa algo, César; hemos conquistado ya la mitad de la Persia. Sapor pide ya condiciones de paz como ningún monarca de Asia las ha ofrecido á conquistador romano alguno, ni al gran Pompeyo, ni á Septimio Severo, ni á Trajano. Firmemos así la paz antes que sea demasiado tarde y regresemos á nuestra patria.

—El ejército murmura, —añadía Dagalaif. —No es cuerdo arrastrarles á la rebelión. Están fatigados, rendidos. Muchos, enfermos ó heridos. Si van más lejos no puede responderse de nada. ¡Ten lástima de ellos! Y tú también ¿no apeteces ya el reposo? Debes estar más cansado que nosotros...

—¡Volvamos!—gritaban los jefes.—Avanzar más sería temerario.

En aquel instante un ruído sordo singular y amenazador se escuchó detrás de la tienda semejante al bramido del mar. Juliano prestó atención y se dió cuenta de todo: era la sublevación.

—Ya sabéis mi voluntad,—dijo impasible señalando á los jefes la salida,—jes inquebrantable! Nos pondremos en marcha dentro de dos horas. ¡Preparadlo todo!

—Augusto muy amado,—contestóle Salustio calmosa y respetuosamente,—no me iré de tu presencia sin decirte lo que debo. Acabas de hablar con nosotros tus iguales, si no en poder en valor, de un modo indigno de un romano discípulo de Sócrates y de Platón y no podemos perdonar tus palabras más que teniendo en cuenta la excitación momentanea que enerva tu imperial cerebro.

—¡Está bien!—exclamó Juliano mordazmente y poniéndose lívido de cólera mal contenida.—¡Tanto peor para vosotros, amigos míos, pues en tal caso estáis á merced de un loco! Sí, acabo de dar la orden de incendiar los navíos y mi mandato se está ejecutando en este momento. Como preveía vuestra cordura os he cortado la retirada. De modo que ahora está vuestra vida entre mis manos y os obligaré á creer en el milagro!

Quedaron mudos de estupefacción los presentes; solamente Salustio llegó en dos grandes pasos hasta Juliano, y cogiéndole las manos, exclamó:

—¡Eso es imposible, César!... No has intentado... ¿verdad?:..

No terminó su discurso y soltó las manos del emperador viendo su impasibilidad. Todos escuchaban ahora en pie los rumores de fuera. Los gritos de los legionarios eran cada vez más fuertes y nutridos; el tumulto del motín aproximábase como una tempestad, flotante sobre las copas de los árboles de un inmenso bosque.

—Dejadlos que griten,—murmuró Juliano tranquilamente,—¡pobre gente! ¿A dónde irán sin mí? ¿No oís? Pues por eso he incendiado los navíos, última esperanza de los pusilánimes y cobardes. Ya no hay regreso posible á menos que se obre un milagro. Ahora todos estáis ligados á mí en vida ó muerte. Pero dentro de veinte días el Asia será nuestra... Os he rodeado de dificultades para que los venzáis y os igualéis á mí! ¡Alegraos! ¡Yo os llevaré como Dionisios á través del orbe, y seréis dueños y señores de los hombres y de los dioses! ¡Seréis dioses todos vosotros!

Cuando había pronunciado estas frases, todo el ejército lanzó una queja de infinita angustia.

-¡Los queman! ¡Los queman!

Precipitáronse los jefes fuera de la tienda, seguidos de Juliano.

Contemplaron los resplandores del incendio. La orden del emperador había sido trasmitida textualmente por Víctor, y la flota rodeada de llamas ardía rápidamente.

El emperador fijaba su vista en el imponente espectáculo con muda é indescifrable sonrisa.

—¡César! ¡Los dioses nos protejan!... ¡Ha huido! Y diciendo estas palabras cayó trémulo á sus plantas un centurión. -¿Huído? ¿Quién? ¿Quién ha huído?

—¡Artaban! ¡Artaban! ¡Pobres de nosotros! ¡Has sido engañado, César!

—¡Oh, es imposible! ¿Y los esclavos?—murmuró aterrado el emperador.

—Ahora confiesan en el tormento que Artaban no era un sátrapa. Artaban era un cobrador de contribuciones de Ktesifonte, que inventó esa estratagema para salvar la ciudad, hacerte penetrar en el desierto donde los persas se apoderarían de tí. Sabía que incendiarías los navíos. También han dicho que Sapor avanzabalal frente de un formidable ejèrcito.

Juliano se precipitó á la orilla del río en busca de Victor.

-¡Apagad! ¡Apagad lo más pronto posible!

Pero su voz enmudeció. Juliano comprendía que ninguna fuerza humana sería capaz de atajar el terrible incendio, avivado por un viento tempestuoso.

Llevóse las manos á la cabeza y aunque ya no tuviera fe en su corazón ni plegarias en su mente, elevó los ojos al cielo como si buscase ignorada protección.

—¡Los persas nos han quemado las naves—gemían unos señalando el fuego.

—No, han sido nuestros jefes para conducirnos al desierto y abandonarnos alli,—gritaban otros.

—¡Mueran los sacrificadores!—vociferaban más allá.

—Los sacrificadores han envenenado á César y le han vuelto loco.

—¡Gloria à Augusto Juliano vencedor!—exclamaban los galos y los celtas sempre fieles.—¡Callaos los traidores! ¿No vive César? Pues ningún temor hay!

-Los cobardes lloraban.

—¡La patria! ¡La patria! ¡No avanzaremos más! ¡No queremos ir más allá! ¡Antes la muerte!

—¡De ese modo volveremos á ver nuestro país natal! ¡Estamos perdidos. hermanos! ¡Los persas nos han cogido en el lazo!

—Pero ya véis,—decían triunfalmente los galileos.—Los demonios se apoderaron de él por fin, y el ímpio Juliano ha vendido su alma. Los demonios le arrastran ahora al abismo. ¿Véis á dónde puede llevaros un loco poseído?

Y entre tanto, Juliano distraído, sin ver ni oir, como en un profundo sueño, murmuraba sonriendo en su impotencia:

—¡Qué me importa! El milagro se efectuará. Si no hoy más adelante! ¡Creo en el milagro!

El 16 de Junio hacía el ejército el primer vivac de su retirada Habíanse negado á ir más allá. Ni los ruegos ni las promesas ni ordenes ni amenazas del emperador habían logrado convencerles.

Los romanos, los celtas, los cristianos, los paganos, cobardes y valientes todos habían contestado con el mismo grito:

-¡Regresemos!... ¡La patria!...

Regocijábanse interiormente los jefes. Los augures etruscos triunfaban por fin.

Después del incendio de las galeras todos se habian rebelado.

Y ahora, no solamente los galileos, sino también los paganos convencianse de que una terrible maldición pesaba sobre la cabeza de Juliano, de que las Euménides le perseguían. Cuando cruzaba el campamento ahogabanse las voces; apartabánse todos á su paso con temor.

Los libros de las sibilas y el Apocalipsis, los augures, las murmuraciones cristianas, los dioses y los ángeles todo se adunaba para perder al enemigo común.

Entonces Juliano declaró que los llevaría hácia su patria, atravesando la provincia de Corduana y el fértil Heliocom.

Conforme á este plan de retirada se conservaba la esperanza de volver á unirse á las huestes de Procopio y de Sebastián.

El emperador consolábase pensando que no dejaba aún la Persia, que aún podía hallar al ejército de Sapor, dar una batalla y salir victerioso.

Más los persas no parecían y queriendo antes de la batalla decisiva debilitar á los romanos habían talado los fértiles campos de trigo y cebada, quemado los depósitos y los graneros.

Los soldados de Roma caminaban por un desierto muerto, aún humeante por los recientes incendios.

Empezó la escaces y para aumentar el desastre, los persas habían destruído los diques y los canales inundaban los campos devastados.

En aquella obra ayudaron los ríos y los torrentes salidos de madre, á causa del rápido deshielo en las montañas de Armenia. Secábase el agua rápidamente bajo los rayos calurosos de Junio y sobre la tierra caliente aún formabánse charcas de cieno.

Por la tarde, de entre aquellos carbones húmedos despedíanse vapores asfixiantes.

El olor nauseabundo de la corrumpción impregnaba el aire, el agua los vestidos y los alimentos de los soldados.

Desde los pantanos en corrupción elevabánse multitud de insectos. Mosquitos venenosos, atormentadores tabanos y moscas verdosas, volaban en apretadas nubes sobre las bestias de carga y pegabánse á la piel mojada de los legionarios.

A todas horas ofanse su zumbido atormentador.

Los caballos se encabritaban, los bueyes rompían sus ligaduras y volcaban los carros. Ni después de los pasos difíciles podían los soldados hallar reposo.

Ni dentro de las tiendas se hallaba refugio contra los insectos que penetraban por cualquiera abertura.

Tenían que envolverse la cabeza en un lienzo para conseguir el reposo.

Las picaduras de algunas moscas blancas producían tremendos hinchazones, pústulas que mortificaban al principio y por último se convertían en grandes llagas pestilentes.

Los últimos días el sol estaba oculto por las nubes, el cielo sofocante parecía cubierto por una densa y uniforme niebla, cuya inmovilidad era aún más penosa á la vista que los rayos del sol. Caminaban de esta manera, extenuados, vacilantes, la cabeza baja, entre el cielo gris é implacable y la tierra estéril y abrasada.

Les parecía que el Anticristo, el Hombre reprobado por Dios, habiales llevado exprofeso á aquellos lugares malditos para perderles.

Algunos murmuraban y denigraban á los jefes. Otros gemían y sollozaban como niños enfermizos pidiendo un pedazo de pan ó un sorbo de vino.

Muchos quedaron tendidos en el campo; la debilidad les mataba.

Juliano ordenó distribuir á los hambrientos las últimas provisiones que reservaba para él y sus ayudantes. El emperador se contentaba con un sencillo cocimiento de harina, con un trocito de sebo, alimento que hubiese rechazado cualquiera de sus legionarios.

Gracias á una gran continencia sentía de contínuo una excitación inquieta y una agilidad pasmosa.

Esta misma agilidad le sostenia y duplicaba sus fuerzas.

Se esforzaba por no pensar en el mañana. Regresar á Antioquía ó á Tarso vencido y humillado, ser pasto de las burlas de los galileos, sabía que no era capaz de soportarlo.

La noche de aquel dia descansaban los soldados porque el viento norte que soplaba había alejado los insectos.

El vino, el aceite, la harina, últimas provisiones del Emperador habían saciado el hambre. La esperanza de ver la patria renacía en los corazones y el campamento quedó sumido en el silencio.

Juliano recogióse tambien en su tienda.

Ahora dormía poco, durante la noche y solamente al amanecer lograba conciliar el sueño. Si alguna vez se dormía profundamente despertábase sobresaltado con la frente cubierta de sudor frío.

Sentíase con necesidad de poseer todo su conocimiento para ahogar la pena que le corroía.

Cuando penetró en su tienda, hizo saltar con unas pinzas la pavesa de la lámpara.

Cerca de él veíanse en desorden rollos de pergamino y el Evangelio. Dispúsose á proseguir su obra Contra los cristianos, comenzada dos meses antes, cuando empezó la campaña.

Juliano tendido de espaldas á la puerta repasaba el manuscrito, cuando oyó de pronto un ligero ruido.

Incorporóse lanzando un grito. Le pareció ver un fantasma. En el umbral estaba en pié un adolescente cubierto con una raída túnica parda de piel de camello. Llevaba en los pies desnudos unas sandalias de palmera, y cubría sus hombros una sucia piel de carnero, la «melatea» de los anacoretas egipcios.

Mirábale el emperador sin fuerza para hablar. El adolescente empezó:

-¿Recuerdas, Juliano cuando vinistes á mí al monasterio?

Aquella voz conocida del emperador continuó:

—Entonces te rechacé, más no he podido olvividarte. Los dos nos parecemos de un modo singular...

Y el adolescente descubrió su capucha negra. Juliano distinguió los cabellos dorados y reconoció á Arsinoé.

-¿Para que has venido? ¿Por qué vas vestida de esa manera?

Continuaba en el temor de que fuera una alucinación, un fantasma, de que desapareciera repentinamente como había aparecido.

Arsinoé refirióle en pocas palabras lo que le había ocurrido desde su separación.

Había abandonado á su tutor Hortensio, y después de repartir su fortuna entre los pobres, estuvo mucho tiempo entre los anacoretas, al sur del lago Mareotides, entre las estériles montañas del Líbano, en los desiertos temerosos de Netris y Sketis.

Acompañábala el joven Juventino, discípulo del anciano Dídimo, y juntos habían visitado con alguna frecuencia á los ascetas.

-¿Y entónces?—preguntó Juliano con temor,—¿y entónces, has hallado entre ellos lo que buscabas? Arsinoé movió la cabeza y contestó distraidamente:

No. Vaguedades, rayos de luz, presagios, como en todas partes.

—¡Díme... dímelo todo!—suplicó Juliano con la mirada brillante de esperanza.

-¡Ah! ¿sabría hacerlo?-contestó pausadamente.

—Buscaba amigo, la libertad del alma; pero ¡ay! ¡no existe aquí abajo!

—¡Eso es!—exclamaba triunfalmente Juliano.— Ya te lo había dicho yo, Arsinoé.

Sentóse la joven sobre un asiento cubierto por una piel de leopardo, y después continuó tranquilamente con la misma dulce y triste sonrisa.

Juliano escuchaba placidamente.

—Y dime, ¿cómo abandonaste esas desdichas? preguntó Juliano.

—También yo tuve una tentación. En una ocasión estando en el desierto entre las rocas he hallado un trozo de marmol blanco. Lo recogi y durante un rato admiré como brillaba al sol, y de pronto me acordé de Atenas, de mi niñez, de mi arte, de tí. Desperté y decidí volver al mundo y vivir y morir tal como Dios me había creado: artista.

En aquel momento el viejo Dídimo tuvo un sueño, en el que yo te reconciliaba con el Galileo...

-;Reconciliado con el Galileo! - exclamó Juliano.

DIOSES.-TOMO II